

Tres paisajes, un lugar: Eduardo Holmberg, Rodolfo Walsh y José Gabriel Ceballos en la Isla del Cerrito

Three landscapes, one place: Eduardo Holmberg, Rodolfo Walsh and José Gabriel Ceballos at Cerrito's Island

Bruno Ragazzi
Universidad Nacional del Nordeste - Conicet¹

*y de otras flores vivas –extrañas flores vivas—
riendo, riendo, riendo hacia las islas?*
Juan L. Ortíz. El aguaribay florecido

Resumen

En este artículo se exploran las relaciones entre espacios insulares y literatura en tres escrituras distantes en el tiempo, *Viaje a Misiones* de Eduardo Holmberg, “La isla de los resucitados” de Rodolfo Walsh, y *Víspera Negra* de José Gabriel Ceballos. Constituyen tres textos que distienden sus tramas en la isla del Cerrito, Chaco, o alrededor de ella. A partir de la lectura de estas obras, el objetivo del trabajo es explorar las tensiones entre paisaje y escritura, teniendo en cuenta que el primero constituye un constructo cultural, y que la isla, como espacio literario, es sitio de deseos sociales.

Palabras clave: isla – Holmberg – Walsh – Ceballos – periferia - literatura

Abstract

This article explores the relationships between island spaces and literature in three writings distant in time, *Viaje a Misiones* by Eduardo Holmberg, “La isla de los resucitados” by Rodolfo Walsh, and *Víspera negra* by José Gabriel Ceballos. These three

¹ Profesor y Licenciado en Letras por la Universidad Nacional del Nordeste. Se desempeña como auxiliar de primera categoría en las cátedras Literatura argentina I y Seminario de literatura argentina II. Sus investigaciones se relacionan con el estudio de la circulación del libro en el campo de las memorias, como en las literaturas de provincias. Ha publicado artículos en revistas y libros. Es becario de finalización de doctorado del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas. Correo electrónico: bruno.ragazzi@comunidad.unne.edu.ar

texts unfold their plots on the island of Cerrito, Chaco, or around it. The aim of this paper is to explore the tensions between landscape and writing, taking into account that the former constitutes a cultural construct, and that the island, as a literary space, is a site of social desires.

Keywords: island – Holmberg – Walsh – Ceballos – periphery - literature

En el siguiente texto se abordarán las relaciones entre paisaje, literatura y espacios insulares en tres textos: *Viaje a Misiones* (1887) de Eduardo Holmberg, “La isla de resucitados” (1966) de Rodolfo Walsh, y *Víspera negra* (2002) de José Gabriel Ceballos. Constituyen textos que se sitúan literariamente en la isla chaqueña del Cerrito, y se componen en momentos distantes en el tiempo. Este conjunto permite relacionar el espacio insular con la cultura en la que se inscriben cada una de ellos, en la medida en que construyen miradas en torno a la isla en diversos contextos atravesados por su tiempo y espacio particulares.

La escritura de este artículo parte de una lectura, que obra como disparador. Una novela de publicación reciente, *Tacurú*, de la escritora correntina Ernestina Perrens (2021) sitúa parte de las acciones en la isla del Cerrito. En la historia, una mujer hereda un campo en las inmediaciones de Itatí, Corrientes. Su cultura citadina, el entorno machista del interior rural, el despoblado y la soledad, le generan contradicciones. Ante las circunstancias por el qué hacer, la isla del Cerrito y su discreto promontorio es escenario de acciones decisivas. En el trozo de tierra acuática, el doctor William Palms es en la ficción abuelo de la protagonista y el primer director del leprosario Aberasturi, que funcionó allí. Ella ve en la historia de Palms, entregado tercamente al cuidado de los

enfermos, la posibilidad de encontrar nuevas respuestas ante su situación. La tierra baldía que es el Cerrito constituye el espacio para un nuevo inicio, una zona de anhelo.

Frente a las tumbas abandonadas de su abuelo, el doctor Palms, y de un viejo leproso judío que lo acompañó en la búsqueda por motivos para vivir en el Cerrito, la narradora reflexiona:

(...) Esta isla abandonada, en un río sin lechos ni corrientes, tiene la tierra dura, seca como piedra. Sólo un viento que permita extender el fuego y haga que esta tierra arda permitirá que crezca. La tumba de Palms, y la de Feldman como una promesa de una tierra ajena. Dos extranjeros, diferentes dioses, un posible comienzo (Perrens, 2021, p.102)

La cita permite pensar en dos problemáticas que se anudan y que pueden circunscribirse, como una cinta de Moebius, en un lado A, y un lado B del territorio.

Lado A: en los textos literarios es posible percibir esa isla abrasada por el polvo, por el fulgor de los calores del verano, y la naturaleza devoradora. Es, también, la tierra que se observa empíricamente cuando se visita el Cerrito. Apenas el murmurar de la siesta, el ruido acuciador de las chicharras, el correr silente del río. Nada más. Esto es,

(...) el espacio del monte es aquel que vive en la literatura del Chaco y que, de a momentos, se transforma en llanura y desierto espinoso e intransitable. Humedales y tierra seca. Entrar en un lugar que te traga, en un río que te succiona, caminar tierras en las cuales la pulsión de muerte palpita (Caminada, 2021, p.22).

Lado B: una serie de relaciones entre deseos sociales y territorio se pueden entrever en la escritura de los textos literarios. En el caso de los espacios insulares se tejen vinculaciones particulares, en la medida que “las islas reflejan la conciencia de los hombres en

determinado momento temporal, así como los hombres establecen sus relaciones con la cultura a través de las islas” (Deleuze, 2005).

Un lugar, tres paisajes contruidos a través de la escritura literaria que conforman una serie de textos culturales que reflejan tensiones y ansiedades sociales. Desentrañar estas vinculaciones entre escritura y territorio permite abordar, al mismo tiempo, las vinculaciones entre el ejercicio escriturario, con sus localizaciones y construcciones letradas, mayormente influidas por ejercicios discursivos metropolitanos.

Isla, paisaje, lugar

La isla del Cerrito es un trozo de tierra insular que se encuentra en el extremo sureste de la provincia del Chaco, separada por un sistema de formaciones fluviales, el río Ancho por el norte, y rodeada por cadenas de gran flujo líquido, el Paraguay y el Paraná (ver figura 1 y figura 2). Tiene una extensión de 164 kilómetros cuadrados. En uno de sus vértices inferiores, y mirando hacia el río Paraná, se eleva un pequeño cerro de entre 15 y 20 metros de altura. La formación se erige como accidente anómalo entre la densidad de lagunas y acuíferos móviles, y el monte espeso y llano, propio del “desierto” chaqueño. Es esta modesta elevación, además, la que le da su nombre.

Escenario y testigo de la Guerra Guazú, devenida en leprosario, y luego en atracción turística, la isla del Cerrito fue también motivo escriturario para los sujetos letrados. En la comunidad discursiva de la zona, o de aquellos que la han visto, el lugar se convirtió eventualmente en espacio literario. Allí es donde se puede ver la tensión entre realidad e imaginación, y las relaciones con el estado de las cosas contemporáneo en el momento de la puesta en letra.

La vinculación entre islas y literatura posee un amplio muestrario en la memoria de la construcción de ficciones en la literatura argentina. Desde las utopías liberales de

Domingo Faustino Sarmiento en *Argirópolis* (1850) y *El carapachay* (1913), hasta la isla filo-tecnológica de Adolfo Bioy Casares en *La invención de Morel* (1940), desde la ciudad fundada sobre un islote en el que viven los viejos anarquistas en *La ciudad de los locos* (1914) de Juan José de Soiza Reilley, hasta la distopía tecnológica del puerto desvencijado en la isla Maciel, en las *Aguafuertes* (1933) de Roberto Arlt, o la isla del futuro en la que se recluye arbitrariamente a los sujetos, en *El Gran surubí* (2013) de Pedro Mairal.

Todas las islas (todas estas islas y muchas otras) ponen en relación la imaginación con la cultura. En este sentido la relación de las islas con el sujeto cultural es más de invención y mitológica, que real y geográfico.

Sostiene Deleuze (2000) que las islas devienen en lugares de sed de la imaginación cuando los pueblos ya no pueden entender sus mitos. Es allí donde la literatura se suma al espacio público para fundar su relación con el espacio mítico, ahora desecularizado. La isla se transforma, desde entonces, en proyecciones de deseos del capital, como en *Robinson Crusoe*. La civilización baja del barco para llenar ese espacio y convertirla en un lugar de intercambio; pero puede ser también que la isla mantenga o recupere su estado mitológico secular. Una segunda fundación, una refundación; iteración diversa de un pasado, o el comienzo de una nueva etapa. Es así como “La isla no es otra cosa que el sueño de los hombres, y los hombres la mera conciencia de la isla” (2000, p.17). El espacio insular construye utopías, esto es, el lugar de lo otro que es ajeno e inalcanzable (Bueno, 2001).

El paisaje que se lee en los textos que escriben los hombres que visitan las islas se fragua a partir de una relación particular entre el sujeto y la naturaleza, o entre éste y el mundo. Fernando Aliata y Graciela Silvestri (2001) afirman que la tradición paisajística

que puede encontrarse en los primeros textos de la literatura argentina, parten de una larga historia que remite a los viajeros que recorrían Italia, y buscaban en esas tierra los rastros de los antiguos. Así, el paisaje constituye una ambigua forma de relación “donde lo que se mira se reconstruye a partir de recuerdos, pérdidas y nostalgias propias y ajenas, que remiten a veces a larguísimos períodos de sensibilidad, otras a formas efímeras” (2001, 10). En este sentido, el paisaje se encuentra vinculado también con la política que atraviesan las miradas que hacen al paisaje. Siguiendo este parecer, se sigue la idea de que el paisaje, en tanto forma de organización externa al sujeto, es también una lección de ética convivencial, como una lección exógena de lo social (Andermann, 2018).

Así, teniendo en cuenta que el Chaco posee una memoria político cartográfica que se halla vinculada con la idea de desierto o de un territorio hostil (Lois, 2002; Caminada, 2021) se piensa que las formas de organización del paisaje que se presentan en los textos que se comentarán a continuación, remiten más a un horizonte utópico, propios de los espacios insulares.

Por último, se concibe la noción de lugar en tanto remite a dos significaciones específicas. La primera, ligada a la idea de isla, es la del lugar imaginario -el *u-topos*-, que como se ha definido anteriormente, refiere a un conjunto de problemáticas sociales. La segunda, por otra parte, da cuenta de una localización más pequeña que el territorio o la región, en la que se tejen un conjunto de relaciones sociales específicas, aunque heterogéneas y que varían en el tiempo. Y son estas relaciones, más amplias o más locales, las que construyen una memoria y que permiten pensar el lugar, como tal. Es decir que todas estas relaciones interactúan con y toman nuevos elementos de la especificidad de la historia acumulada que todo lugar tiene, siendo dicha historia

imaginada el producto de una capa sobre otra de diferentes conjuntos de vínculos, tanto locales como en el mundo más amplio (Massey, 2012, p. 128).

Es así, como la idea de lugar permite vincular tres escrituras de diversos momentos y lugares, metropolitanos y provincianos, que constituyen parte del espesor de la memoria cultural de la Isla del Cerrito.

Tumbas e islas para Holmberg

A fines del siglo XIX, Eduardo Holmberg realizó un viaje a Misiones en el marco de un proyecto legislativo que tenía como fin la exploración científica de los territorios nacionales. El objetivo del viaje era cartografiar, inventariar, las tierras que habían sido usurpadas a los pueblos originarios, o cuya geografía dificultaba el acceso para su conocimiento.

El resultado de esa exploración fue la publicación de su libro *Viaje a Misiones* (1887), que aunque tenga la pretensión de un informe científico acerca del relevamiento de esas latitudes, mantiene un tono que se encuentra vinculado con los libros de viajes de principios del siglo XIX, cuya cartografía imaginaria se componía de exotismo. Holmberg parece seguir con este *dictum* aventurero estableciéndose más allá de los límites del territorio nacional, o de tierras recientemente adquiridas bajo las continuas empresas militares (Gasparini, 2016).

Viaje a Misiones inicia su itinerario en 1884, de Buenos Aires hacia Paraná, y de allí se embarca en un vapor rumbo al territorio del Chaco. A partir de entonces, el viaje se encuentra signado por el río Paraná, y la mirada de Holmberg, por su formación naturalista, agrupa las diversas provincias según su fauna y flora, concebidas como una unidad.

En una pausa en el viaje en el que Holmberg se demora algunos días en la ciudad de Corrientes, realiza algunas observaciones en torno al territorio del Cerrito. Sostiene:

La isla del Cerrito, por otra parte, presenta un pequeño problema topográfico interesante. La altura del montículo que puede ser de unos doce metros sobre el nivel del suelo y en verdad que no deja de ser una curiosidad natural digna de estudio. Cuando en 1885 penetramos en el río Paraguay y los miembros de la Comisión enviada por el ministro de Guerra, este punto se ofreció como un tema de estudio que podría resolverse cuando volviéramos por allí en una embarcación a nuestras órdenes, pero nada pudo hacerse por las malas condiciones del regreso. De todos modos, allí está la eminencia ¿es natural? ¿es artificial? (La primera impresión y la más duradera es, sin duda, la que reconoce un origen artificial; pero toda conjetura es superflua de su fácil estudio (2016, p. 70)

Entre el deseo y la conjetura la isla del Cerrito permanece como un interrogante irresuelto. Holmberg, de hecho, no realizó, en esta oportunidad tampoco, el estudio anhelado y continuó su viaje hacia la provincia de Misiones. Esta posibilidad se superpone en algún punto con el exotismo que va a impregnar el relato, y lo va a potenciar.

Esta impresión exótica se traslada a algunos de sus relatos fantásticos. Efectivamente, algunos años después, en 1896, se edita *Nelly*, parte de sus novelas breves, junto con *La casa embrujada* y *La bolsa de huesos*. En la historia, un grupo de amigos se congregan en una casa de campo a descansar. Una noche arrecia una tormenta y el clima anima a contar narraciones de fantasmas y aparecidos. Uno de los participantes cuenta:

-En una noche como esta, en Tucumán, los compañeros y yo entre los bosques, recibimos hospitalidad en una ramada, cuyo suelo, más levantado en el medio,

a lo largo, nos permitió colocar los recados con las cabeceras en esa parte más alta. Al otro día al despertar, nos faltaba una pierna.

-¿y qué se había hecho?

-Estaba escondida bajo el agua

-¿y no habían sentido?

-¿qué íbamos a sentir? ¡si era en verano!

-¡Pero es inverosímil!

(...)

- Los que han recorrido el Chaco cuentan cosas semejantes, y con frecuencia”

(Holmberg, 1957, p. 253)

Entre los visitantes de la casa se encuentra, además, Edwin Phantomtom. Él es un diplomático y padece un terrible destino: su mujer ha muerto y su hijo ha desaparecido. Entre sus viajes globales en su cargo gubernamental, donde disfruta de los placeres del orientalismo, se realizan diversas alusiones a las tierras nordestinas. En una intervención, comentando su visita a tierras lejanas, Phantomton dice:

No sé, señores, si ustedes han viajado, ni qué han visto; pero es tan caprichosa la imaginación, que se extasía menos en presencia de un cuadro encantador de la Naturaleza, que en la de una comarca con miles de años de historia; y así la Arabia, con su aridez y reflejos rosados, me dominaba más por ser la tierra del Éxodo, la tierra de Israel, la tierra de Mahoma, que los bosques deliciosos del Brasil, de Misiones y del Chaco (1957, p. 272)

Asimismo, luego de aparecer el fantasma de su esposa muerta, Nelly, Edwin emprende un viaje con el fin de salvaguardarse de las apariciones y sosegar su espíritu:

pero ya he visitado las Misiones y el Chaco, y espero realizar un viaje á las Provincias del Norte.

Este clima me agrada más que cualquier otro; el carácter de los habitantes no encuentra rival, y las personas realmente educadas no tienen nada que envidiar á la mejor aristocracia europea (1957, p. 281)

El Chaco y –por extensión- el Cerrito, se establecen entonces, como tierra de lo inverosímil, con sus paisajes bellos y extasiantes, solo comparables en grandeza –y superadas, según Phantomton- con los que cuentan los impulsos aventureros de los viajeros orientalistas, cuyos habitantes rivalizan con las más ilustres conciencias europeas.

Para pensar las distancias que separan al Chaco, y por ende al Cerrito, con las escrituras de Holmberg, que son parangonadas, en algún sentido, con las tierras del oriente, se toma el concepto de literatura mundial (Siskind, 2016). Esto es una literatura que se establece como la materialización narrativa de un deseo cosmopolita, y de la conciencia burguesa de fines del siglo XIX. Una latitud imaginaria que se sitúa allá afuera, lejos, en contra de la inmediatez, o el más cerca de las “determinaciones locales de sentido” que puede recuperarse en contacto con lo nacional, o lo regional. Es decir, siguiendo a Ana María Camblong, constituye un *allá ité* (2015), esto es, una latitud demasiado lejana para ser comprendida. Una mezcla de sentidos y lugares que despiertan la frontera binacional y el encuentro de tres provincias con tradiciones y temporalidades diversas. Lo que es extraño para el Estado-Nación, sostiene Camblong, para nosotros es vecino. Lo extraño se convierte en lejano, foráneo, insólito.

Si bien las élites latinoamericanas participaban de viajes y exploraciones a todos los rincones del mundo, no eran parte de ningún proyecto imperialista global, aunque sí

asociado a los límites interiores de cada Estado, que consolidó la imagen de cada Estado-Nación. En este contexto, como afirma Mariano Siskind (2016), las narrativas cosmopolitas latinoamericanas, conscientes de sus límites periféricos, y por tanto epistemológicos, realizan viajes globales a través de otros medios, y lugares: el espiritismo o la locura, o las provincias. De esta manera, Nelly, viaja por Londres, las pirámides de Egipto, y la mayoría de los viajes de Phantomton, luego de su incursión orientalista, al igual que los viajes de Holmberg, y de otros relatos, como el íncipit de *La bolsa de huesos*, se encuentran relacionados con viajes a las provincias. De esta manera, la extranjería que entrecruzan las narrativas biologicistas y espiritualistas de Holmberg, y que atraviesan oblicuamente al Chaco, se encuentran vinculadas con los deseos cosmopolitas frustrados de los centros periféricos.

Pero además, en la descripción que realiza Holmberg de la isla del Cerrito, no hay hombres, no hay cuerpos. En el paisaje de la isla solo se encuentra la estructura uniforme, geométrica. Holmberg piensa en las piedras, en las clasificaciones de formaciones calcáreas, y en las posibilidades de la elevación del Cerrito. ¿Es formación natural volcánica? ¿Estructura formulada para la guerra? Si no hay cuerpos, no es porque su ausencia haya sido permanente.

El Cerrito fue la puerta de entrada del cuadrilátero de Humaitá, campo de batalla estratégico durante la guerra Guazú (1864-1870), y testigo de las batallas de Yataytí corá, y Curupaytí. La última, particularmente, fue de las más sangrientas, y de las peores derrotas del ejército argentino bajo la comandancia del general Mitre: entre 5000 y 8000 muertos en pocas horas.

Se hipotetiza que Holmberg parece interroga al Cerrito como si fuera una pregunta a los muertos. Cito nuevamente: “allí está la eminencia ¿es natural? ¿es artificial?”. Los

deseos cosmopolitas se enfrentan, chocan, aquí al trauma de la guerra: si no pudieron explorar la isla porque “el regreso era desastroso” cuando la excursión con el ministro de Guerra, ¿por qué no lo hizo en el momento del viaje hacia Misiones? La elevación del Cerrito parece convocar la idea del monolito, que reemplaza a los muertos. Holmberg se acerca al cerrito dos veces, se siente atraído por ella. Se mantiene sin embargo a distancia, atraído y repelido al tiempo por su enigma.

Al final del viaje a Misiones, Holmberg superpone, nuevamente, en clave científica las tierras del Chaco y Misiones con las de Egipto. Refiere que un día, en el Valle del Nilo, el expedicionario Jean Francois Champollion descubrió cómo funcionaba el sistema de signos que le permitió la decodificación de los jeroglíficos. A partir de allí “se pudo leer las inscripciones en monumentos y sarcófagos” y se descubrió, además, que la isla de la “Atlántida no había sido un sueño ni una fábula” (2016, pp. 318-319). Islas y muertos se entrecruzan aquí en la develación de la pregunta por los jeroglíficos, que en la aventura del expedicionario argentino permanece sin respuesta. Entre el cosmopolitismo y la guerra, el Cerrito permanece imperturbable.

Rodolfo Walsh, la isla del (des)consuelo

Muchos años después, luego de la provincialización del territorio del Chaco en 1951, Rodolfo Walsh y Pablo Alonso realizan entre 1966 y 1967 una serie de viajes por el Litoral, como corresponsales del semanario *Panorama*. En un recorrido más o menos similar al de Holmberg llegan finalmente a la isla del Cerrito. Walsh y Alonso se cruzan por Paso de la Patria, Corrientes, a bordo de una lancha hacia la isla. Ahora el lugar no es un simple montículo de tierra, sino un espacio insular donde funciona una entidad de

salubridad nacional: el leprosario Aberasturi, fundado alrededor de los años veinte y puesto en funcionamiento quince años después.

“La isla de los resucitados”, crónica de la visita a la isla, pertenece a una serie de textos que se encuentran, junto con *Operación masacre*, en el punto más alto de la producción walshiana, en el que periodismo y literatura se juegan en una especie poco nítida. Son textos que fundan una serie de bordes estilizados en su género (Nofal, 2015; Iglesia, 2016)².

Contrario a esta demarcación inestable, el texto abre y cierra con una figura: el encuentro de aguas en la confluencia de los ríos Paraguay y Paraná. Estos, por las diferencias en las temperaturas y sus capas sedimentarias, establecen una fuerte línea divisoria entre ambos cursos fluviales. El puerto, es decir, la entrada del Cerrito, está marcada por este fenómeno: “Allí el agua hierve con sorda furia y los colores de los dos ríos –uno rojizo, otro azulado- no se mezclan nunca” (Walsh, 2016, p.126). Y el cierre del texto, reza: “Bajo el sol aplastante, el Paraná y el Paraguay, se juntaban y hervían sin mezclarse” (2016, p.149). El flujo líquido parece obrar como límite a la zona que constituye el leprosario, que al tiempo se encuentra demarcada por la selva y su naturaleza exuberante. En el epígrafe, efectivamente, se lee que en la isla: “los monos aúllan como el viento y las víboras miran de cerca una larga hazaña” (2016, p.124).

No obstante, llama la atención la atribución de colores que da Walsh a los ríos. Aunque desde la perspectiva de la costa del Cerrito, y según los efectos de la luz del día,

² Sostiene Mariano Quirós en “Letra y lepra”, una nota sobre la visita de Walsh al leprosario Aberasturi: “Quien lea ‘La isla de los resucitados’ notará fragmentos en los que Walsh se va, desaparece, insiste en confundir a quienes necesitamos regirnos por uno, dos o tres géneros más o menos estables. O, más bien pareciera que alguien (Walsh, quien otro) hubiese abierto alguna puerta desde la cual arremete, desbocada como un animal salvaje y urgente que no ha comido en todo el invierno, pero que ha meditado concienzudamente los pasos que lo llevarán hasta su presa, toda su Literatura” (Quirós, 2007, pp. 12-13).

los ríos parecen tener tonalidades cercanas a las que se describen en el texto, se sabe que el Paraná y el Paraguay, por sus lechos barrosos, no son ni “rojizos”, ni “azulados”. Los cursos de agua parecerían ser entonces no solamente el límite externo de la *zona* del Cerrito, sino también es el límite con una carga política. Los ríos no se encuentran y hierven, tal como el partidismo militarista irreconciliable de azules y colorados que se desplegaba en el contexto de escritura de la crónica. Efectivamente, Walsh ya había abordado esta temática con metáforas similares en otras obras cercanas en el tiempo a “La isla de los resucitados”, como en *La granda* y *La batalla*, o como en “Imaginada”, relato breve comprendido dentro de *Los oficios terrestres* (Bertranou, 2011; Nofal, 2015). El paisaje que rodea al leproso Aberastury obra en el relato de Walsh de figuración para decir otras cosas sobre la realidad argentina del momento. Los monos, las serpientes, y los ríos bullentes que rodean el marco narrativo del Cerrito como puerta de entrada, no solamente se vincula con el obrar contemplativo del escritor, también quizá están allí los enfrentamientos entre facciones políticas, quizá las complejidades del peronismo, que circulan como una realidad otra alrededor de los resucitados, e invitan al lector a reflexionar acerca de la realidad de la *zona*. En efecto, como sostiene Silvia Lago (1991):

En los cuentos, en los relatos, el dialogado alterna con refinadas descripciones poéticas. La presencia del paisaje suele promover una complementación sutil entre el componente natural y la criatura ficcionada, y aun una aleación que permite que aquél se contamine de la sensibilidad de ésta, suscitando matices iluminadores en el área de la interioridad humana (1991, p.68)

El ingreso a la isla se encuentra marcado por el procedimiento de desplazamiento, tan habitual en la narrativa walshiana (Piglia, 2016). Los monos, el torrente de los ríos, serán reemplazados por otra construcción paisajística: las voces de los leproso que, al modo

de los trabajos mayores del escritor como *Operación masacre* o *El caso Satanowsky*, concitan un conjunto de miradas que intentan reconstruir un tejido social que se halla degradado por la maquinaria del capitalismo productivo. Estas voces se articulan en un espacio que se encuentra rodeado de un principio casi adánico: “Con sus naranjos, sus palos borrachos, sus canteros de teresitas y penachos dobles, su césped cortado, el sanatorio parece un gran parque. La edificación es excelente. Todo está limpio, cuidado, paradisiácamamente ordenado” (2016, p.126)

Y aunque Walsh recoge y reproduce con pericia los testimonios de hombres que están al borde del abandono y el desarraigo, al límite que “Uno se pregunta qué espíritu ordenador pudo planear –permitir- una cosa como esta” (2016, pp. 126-127) cuando ve los colgajos y los cuerpos deformados de los pacientes, comprende que ese lugar es, sí, mucho mejor que el afuera. Si bien el leprosario reproduce las dinámicas del exterior, pues se sostiene a partir de un sistema productivo de huertas y labores diversas, en las que hay como en todo sistema de producción, algunos con más privilegios que otros, los habitantes del leprosario son felices de trabajar. Allí son pues menos pobres y explotados que en el afuera, como en el caso de Vicente Alcaraz, cuya labor como peón comenzó desde niño. Hombres y mujeres, salvo algunas esporádicas apariciones que se atreven a cruzar los hervidos ríos que rodean el Cerrito, prefieren quedarse porque “esa es su casa, su tierra, su gente” (2016, p. 134).

Los testimonios que recoge Walsh en el Cerrito son singulares por su emotividad. Constituyen historias de desprecio, de desamor y soledad, de hombres que encuentran en la isla un relativo sosiego. Entre las voces que rodean los pabellones paradisiacos del Cerrito, en el testimonio de Palamczuk, los paisajes parecen superponerse y las memorias de la Segunda Guerra mezclarse con la lepra:

En la vuelta del río está la red: es redonda y tiene dos alas. Por el río viene un pez: entra en la red y no puede salir. Esto ocurría setenta años atrás, pero en mi cabeza ocurre ahora. (...).

En los momentos más duros de mi vida, veo las colinas boscosas que bajan de los Cárpatos, y allá abajo el sol en el trigo. Mi padre era el dueño de la tierra, de los campos de remolacha, de avena, centeno.

La guerra es la verdadera lepra. Pero en ese caso no quiero pensar: en el medio del río está la red... (2016, pp. 144-145).

No obstante, el horizonte utópico sobre el que se distiende el Cerrito es cancelado. Walsh utiliza estas historias para realizar una denuncia, que en numerosas ocasiones se relaciona con la inoperancia del Estado. Los sujetos que se encuentran en la isla se inscriben en el paradigma del “fusilado que sobrevive”, pero que pronto serán borrados por los intereses de los gobiernos y de las comunidades ricas del Chaco. Pues “Aparentemente los leprosos habían invertido un cuarto de siglo y 320 muertos en despejar la selva y convertirla en un prado (...) para que en su lugar, un grupo de millonarios hicieran sonar alegremente las fichas de la ruleta” (2016, p. 149).

La mirada paisajística walshiana en “La isla de los resucitados” evoca los testimonios de los guerrilleros, que se dispone contra dos frentes: “contra la ciudad alienada –sede de un poder neocolonial y extranjerizante- y también, crucialmente, *contra la selva* a la cual el guerrillero tanto como antes el explorador liberal impone su voluntad transformadora de sí mismo y de su entorno” (Andermann, 2018, p.224. Cursivas en el original). Como en círculos concéntricos, la isla, rodeada de los ríos bullentes, y el ulular de los monos, concentra su paisaje en las voces y las memorias de los resucitados,

rodeadas del coro paradisíaco de árboles y jardines. Allí, aparece la sombra del Hombre Nuevo.

Ceballos, la isla y la esperanza

José Gabriel Ceballos es un escritor que nació y vive en Alvear, una ciudad ubicada en la zona meridional este de la provincia de Corrientes, a orillas del río Uruguay. Casi toda la literatura producida por el escritor alvearense se encuentra atravesada por un *topos* particular, que es el de la frontera. Desde su primera novela, *Ivo el emperador* (2002), cuya trama versa sobre un travesti que regenteaba prostíbulos en la zona de Sao Borja; hasta la más reciente, *Caso Goulart. Daños colaterales* (2023), que explora la muerte del ex presidente brasileño peteísta, Jango Goulart, en las inmediaciones de la ciudad de Mercedes, todas su obra se despliega en este espacio liminar. En todas ellas, las lenguas –el portuñol, el portugués y el español–, las creencias –del Gaucho Gil a Iemanjá– y las nacionalidades –obviamente, argentinos y brasileros, principalmente– se transnacionalizan, conformando una cartografía literaria amplia y móvil.

En 2004, Ceballos publica *Víspera negra*, una novela que se centra en las tramas alrededor de la inauguración del leprosario Aberastury. La novela no escapa a la condición fronteriza que caracteriza el resto de los textos del escritor. La isla del Cerrito se encuentra en un espacio marginal, fronterizo. Se trata, de un lugar entre la civilización, y también entre naciones –es límite entre Paraguay y Argentina–, así como entre la tierra, y los complejos sistemas acuíferos que la rodean. Asimismo, es la condición de sus personajes. De hecho se encuentra articulada por historias de sujetos marginales, que a la manera de Rodolfo Walsh, explora para dar cuenta de su condición periférica. En este sentido, sostiene Catia Goulart, a propósito de *Ivo, el emperador*:

Por otro lado, Ceballos promueve un paralelismo entre las condiciones marginales de su personaje y las de su otro protagonista: el narrador-personaje autoral. Esta estrategia le permite plantear una cuestión neurálgica: la idea de un campo común de creación, reflexión y circulación del arte de las regiones culturales, más allá de los límites de la nación (Traducen al portugués la primera novela de José Gabriel Ceballos, 2022)

Efectivamente, los personajes de *Víspera negra* son sujetos que se encuentran en una condición de invisibilización, no solo por cuestiones que se relacionan con la enfermedad de la lepra, sino por las presiones sociales que se ejercen en la sociedad conservadora correntina de los años '30. Una poetisa, que labra una profunda amistad con Alfonsina Storni, y un cinéfilo, con problemas mentales y desclasado, son perseguidos por “Los caballeros de la higiene”, suerte de escuadrón parapolicial, que busca leproso por la ciudad para asesinarlos. En medio de estas persecuciones se distienden las discusiones políticas que tuvo el gobernador Juan Ramón Vidal, en torno a la apertura del leproso.

La construcción del relato de Ceballos es deudor de “La isla de los resucitados” de Walsh. Sin embargo, en la novela hace un doble movimiento. Expande las historias: allí donde Walsh se detiene, Ceballos amplifica, dándole mayor profundidad a los personajes. Por otra parte, se anticipa al tiempo de la visita del periodista y escritor. El narrador cita a Walsh, y la descripción del leproso, que se ha citado en el párrafo anterior. En 1939, afirma, todo era muy distinto. Mientras las construcciones de la institución avanzaban lentamente, la isla era estación transitoria de malloneros de surubíes y pacúes, que eventualmente ocupaban algunas instalaciones precarias. La modernización y la fragua del nosocomio turba el reino vegetal que descansa sobre la isla:

Llegaban balsas y chatas con ladrillos, arena, piedra, cemento, madera, etc. El silencio perdía su imperio. Los ruidos y las voces resonaban hasta la noche, y al día siguiente, muy temprano demolían el mutismo del aire recobrado en las tinieblas. El insilencio, el des-silencio, acababa por producir en el ambiente un cierto nerviosismo, como si la isla extrañara al silencio, mejor dicho, a los dilatados vacíos acústicos que en tiempos normales perduraban entre el chillido de un ave y el sapucay de un pescador, por ejemplo, sobre el viento y el más sordo y constante murmullo fluvial. Los monos perdían movilidad; pasaban horas pendiendo de sus colas en los árboles, observando a los invasores. La vegetación se llenaba de ojos inquisitivos. Los pájaros y bichos nadadores migraban (Ceballos, 2004, p. 91)

Al ordenado jardín paradisíaco walshiano, Ceballos contrapone la comunidad silvestre en su faz natural. Allí, los leprosos, asediados y perseguidos por el misterioso ejército paraestatal, encuentran un aliciente en la naturaleza. Es pues una afectación mutua, la de esta última y la de los hombres asediados por el avance civilizatorio y por sus implicancias. Los leprosos, en una ficción de los 2000, se pueden leer como una metáfora del accionar del Estado durante los tiempos oscuros de la violencia política en Argentina³, o asimismo, como una imagen que hace referencia a los sujetos marginales que no encuentran lugar en el sistema económico, con sus sucesivas crisis y postergaciones hacia varios sectores sociales. La isla constituye una esperanza para la poetisa Clara Concepción y su amado Hilario: “Y tal vez en la isla hasta resultaba posible alguna forma de felicidad” (2004, p.112).

³ La dictadura constituye una temática que recorre gran parte de la obra de Ceballos. Especialmente en *Ivo, el emperador*, y *El caso Goulart. Daños colaterales*, la dictadura y la violencia política son problemáticas que atraviesan oblicuamente las historias.

La novela finaliza con la resolución de las pujas políticas por la inauguración del leprosario, y el arribo de los leprosos a la isla. Como en un desembarco bíblico, bajan los médicos, una familia con chicos, dos aborígenes, la poeta, entre otros. Una comunidad diversa que son recibidos por una “algazara de pájaros que parece querer apurar desde todas partes la timidez del sol” (2004, p.185). Allí, “[l]os leprosos examinan el paisaje. El recelo los domina, anula casi por completo la comunicación entre ellos” (2004, p.186). Frente al estado de excepción que viven los leprosos en la ciudad, en la que son convertidos en parias, sujetos fronterizos y desplazados, el contacto con el paisaje y la naturaleza dota a esa negatividad de una potencial política nueva, la de la comunidad nativa. Así como los nuevos habitantes de la isla abren la posibilidad de un nuevo paradigma societal, los pájaros se inscriben en paralelismo para espejearla: “una bandada de biguases sobrevuela a los caminantes. Se dirige hacia el Paraguay. Cientos de manchitas negras que enseguida se diluyen en tanto azul” (2004, p.187).

Un lugar, tres paisajes

La isla del Cerrito permitió explorar un espesor discursivo que se distiende desde las escrituras positivistas de fines del siglo XIX, hasta las más recientes manifestaciones literarias “de provincia”. Escrituras metropolitanas y periféricas se congregan, de esta manera, bajo la idea de lugar para pensar en el espacio literario, que se construye alrededor de la provincia del Chaco, los sistemas de flujos fluviales y la vegetación que constituyen el horizonte meridional de la provincia.

A partir de esta idea de lugar se analizó la constitución de tres paisajes, en tanto construcción que permite indagar acerca de las relaciones entre naturaleza y cultura. La isla posibilita trazar un derrotero de deseos letrados que, en cada caso, habilitó explorar

acerca de las tensiones culturales de cada momento. Así, el Cerrito esconde una historia de las vinculaciones entre imaginación y paisaje, los deseos cosmopolitas, las ideas del nuevo Hombre, y los posicionamientos en cuanto a los desamparados por el impacto modernizador, en esta latitud periférica, en un lugar, y sus paisajes.

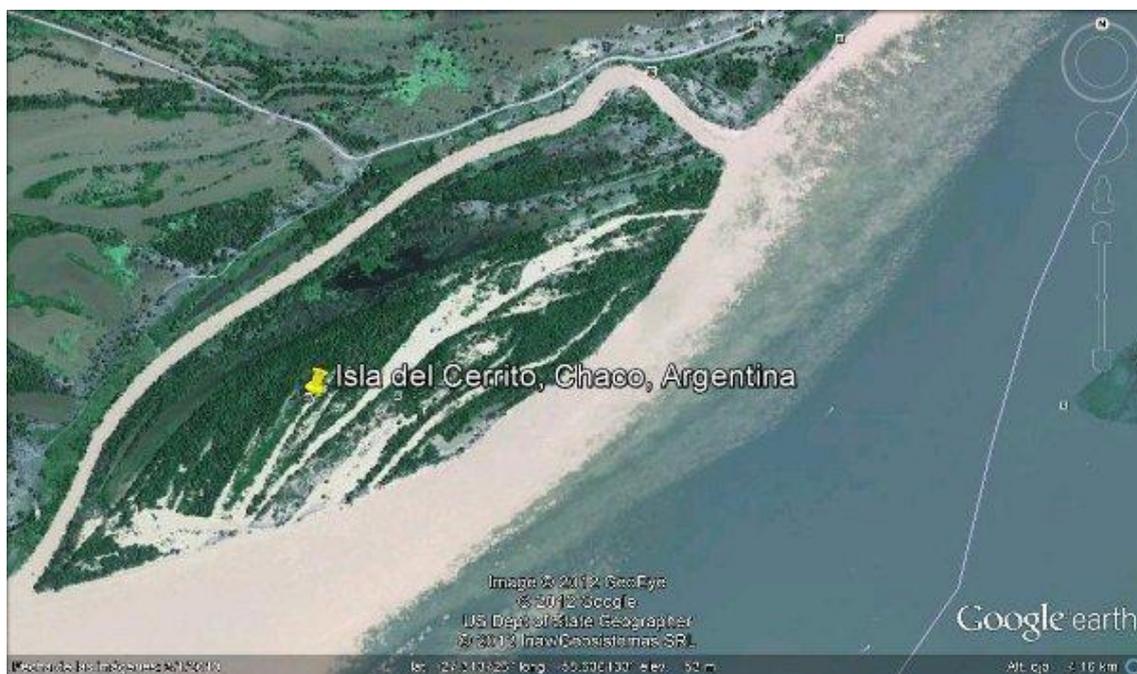


Figura 1

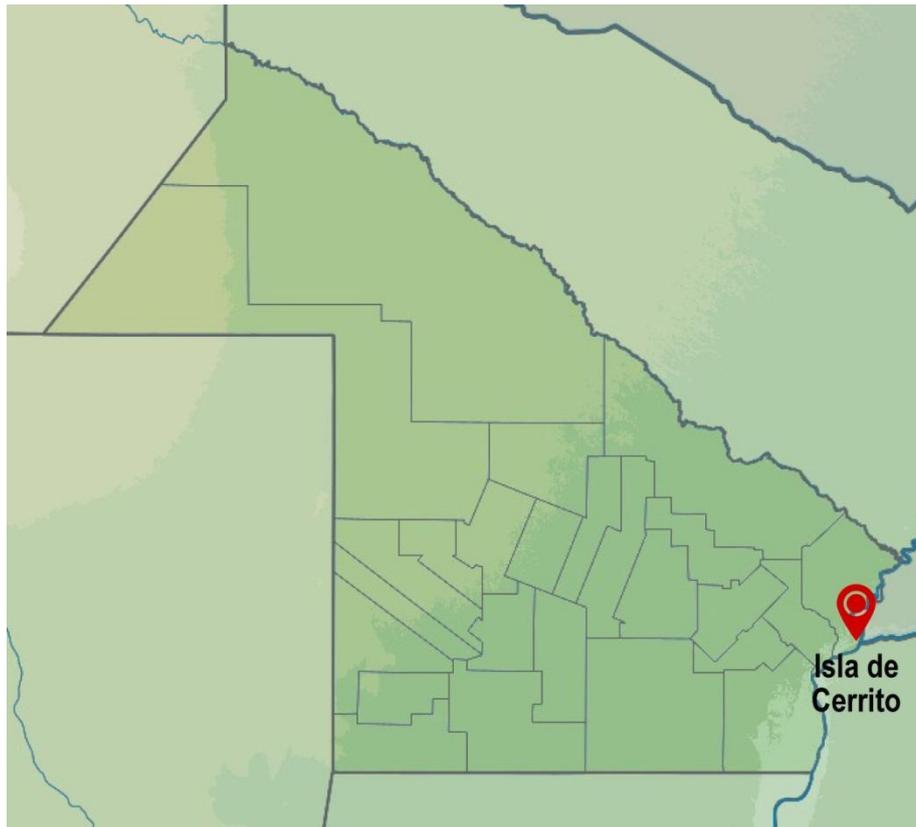


Figura 2

Bibliografía

Aliata, F; Silvestri, G. (2001) *El paisaje como cifra de la armonía. Relaciones entre cultura y naturaleza a través de la mirada paisajista*. Nueva Visión Argentina.

Andermann, J. (2018) *Tierras en trance. Arte y naturaleza después del paisaje*. Metales pesados.

Bertraneau, E. (2011) El militarismo en 'La granada' de Rodolfo Walsh. En *Palabra y persona*. IV (10-11), pp. 21-28.

Bueno, M. (2007) De islas y utopías en la literatura argentina. En *Caligrama*, n°12, pp. 35-52.

Caminada, L. (Dir.) (2021) *Literatura impenetrable. Un itinerario literario contemporáneo sobre el Chaco*. EUDENE.

Ceballos, J. G. (2004) *Víspera negra*. Simurg.

Deleuze, G. (2005) Causas y razones de las islas desiertas. En *La isla desierta y otros textos* (pp, 15-20). Pre-textos.

Gasparini, S. (2016) Introducción. En Holmberg, E. *Viaje a Misiones* (pp X-XXXVI). Eduner – Ediciones UNL.

Holmberg, E. (1957) *Cuentos fantásticos*. Hachette.

(2012) *Viaje a Misiones*. EDUNER.

Iglesia, C. (2016) Introducción. En Arlt, R.; Walsh, R. *El país del río. Aguafuertes y crónicas* (pp, XI-LI). UDUNER-Ediciones UNL.

Lago, S. (1991) Rodolfo Walsh. El violento oficio de escribir. En *Casa de las Américas*, 184 (jul. 1991), pp. 56-69.

Lois, C. (2002) *De desierto ignoto a territorio representado. Cartografía, Estado territorio en el Gran Chaco argentino (1866-1916)*. Cuadernos de territorio 10. Facultad de Buenos Aires.

Massey, D. (2012) Un sentido global del lugar. En Albert, A.; Bénach, N. *Doreen Massey. Un sentido global de lugar* (pp.112-129). Icaria.

Nofal, R. (2015) Jaque a la reina: Rodolfo Walsh y la fundación heroica del testimonio. En *X argentino de literatura* (pp. 25-40). Univeridad Nacional del Litoral.

Piglia, R. (2016) *Las tres vanguardias: Borges, Puig, Walsh*. Eterna cadencia.

Quirós, M. (2007) Letra y lepra. En *Cuna. Revista de cultura*. Resistencia, Chaco.

Siskind, M. (2016) *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*. Fondo de cultura económica.

Walsh, R. (2016) La isla de los resucitados. En Arlt, R.; Walsh, R. *El país del río. Aguafuertes y crónicas* (pp, 125-149). UDUNER-Ediciones UNL.